

tos de su Sabiduría y en los designios de su Bondad, el contrariar de vez en cuando las leyes de la naturaleza, para que el hombre, acostumbrado á presenciar los mayores portentos con indiferencia por ser comunes, no fuese á olvidar á su Dios, y aun á creer que todas estas cosas eran por sí mismas. Por esto pára al Sol, oscurece repentinamente al mundo, resucita los muertos, y hace otras cosas que hablan al mas sordo, afectan al mas insensible y fijan al mas indifereute. Dispuso tambien obrar así, para acreditar á sus enviados, confirmar su doctrina y fundar su religion, como igualmente os lo tengo advertido.

III.

9. No me detendré, hijos míos, en ponderar cosa por cosa las que fueron apareciendo en los seis dias de la creacion y constituyen el Universo físico; porque solo esto me ocuparia excesivamente con perjuicio de mi plan, que es reducirme á lo mí necesario, y limitarme sobre ciertos puntos á reflexiones muy sencillas y generales. Podria muy bien hablaros aquí de la maravillosa armonía y de la inmensidad del Universo; pero ya tambien os he dicho algo, pues tal armonía y concierto me sirvió como una prueba de la existencia de Dios en los números 15, 16 y 17 de mi quinta instruccion de esta primera parte. Pongo pues aquí término á la presente, exhortándoos á no ser unos testigos mudos de este cuadro sublime. Al contrario, sea el Universo para vosotros un objeto frecuente de meditacion, un estímulo constante para volveros á su Divino Autor, una fuente perenne de inspiraciones y sentimientos. Si os arroba el esplendor que difunde por toda la tierra el astro de los dias, y admiráis en esta luz la vida de vuestra vista, porque sin ella de nada os serviria, levantaed vuestras almas al Esplendor eterno del Altísimo, á la Luz que no tuvo principio, Luz infinita que inunda la eternidad. Si sentís consuelo con el calor que el mismo astro comunica y viene á ser para el mundo como el elemento de la vida, servíos de este pensamiento para contemplar aquel fuego divino de caridad que todo lo ha hecho servir á los designios de su amor; que ha creado todas las cosas materiales para nosotros, y nos ha reservado á nosotros para su Magestad. Si acaso una flor con su gallarda hermosura detiene vuestras miradas, y con su balsámico aroma, que difunde por la campiña, regala vuestro sentido, no os quedéis aquí: contemplad la Sabiduría infinita que la dispuso y el Poder infinito que la dió el ser. De esta suerte, hijos míos, el Universo podrá ser para vosotros, si le contempláis con un espíritu cristiano, un templo inmenso que Dios mismo ha erigido á su gloria: en este templo, tan extenso, que no le domina la vista de todos los hombres, podéis recogeros á cada instante, y encontrar un pábulo continuo para vuestra piedad y vuestro culto. Que la vista de toda la naturaleza, produciendo en vuestras almas los mismos efectos que en los tres niños hebreos, os inspire como á ellos, sentimientos de amor, de reconocimiento y alabanza, y que no haya una sola creatura que no escuche vuestros cánticos para alabar al Señor.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DUODECIMA INSTRUCCION:

SOBRE LA CREACION DEL HOMBRE, SU NATURALEZA Y SUS RELACIONES CON DIOS.

*Creavit Deus hominem ad imaginem suam...
masculam et feminam creavit eos.*

Creó Dios al hombre á su imagen... macho
y hembra los crió.

Genes. cap. I, v. 27.

1 CUANDO Dios hubo concluido, amados hijos, la creacion del mundo, y ántes de terminar el sexto dia, dijo entre sí: "Hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra; y domine á los peces de la mar, y á las aves del cielo, y á las bestias y á toda la tierra, y á todo reptil que se mueve sobre la tierra." De conformidad con este pensamiento pasó luego á ejecutarle, creando en efecto al hombre á imagen y semejanza suya. Esta creacion fué, por razon del modo con que se verificó, muy diversa de la del mundo y aun de la de los ángeles. ¿Cómo creó pues Dios al hombre? "Formó, dice el Génesis, el Señor Dios al hombre de barro de la tierra, é inspiró en su rostro soplo de vida, y fué hecho el hombre en ánima viviente." Mas, como fué destinado éste para poblar la tierra con su descendencia, lo cual habia de verificarse por via de generacion, pasó luego el Señor á darle una compañera, manifestando ántes el motivo de este proceder. "No es bueno, dijo, que el hombre esté solo: hagámosle ayuda semejante á él." ¿Y qué hizo Dios para crear la mujer, á fin de que unida con el hombre fuesen entrambos los progenitores de toda la humanidad? "Hizo caer un profundo sueño en Adán, y cuando éste se hallaba ya dormido, tomó una de sus costillas, llenando de

carne el hueco que ésta dejaba en el cuerpo de Adán, y de esta costilla formó á la mujer sin mas que convertirla de costilla del hombre en mujer del hombre," y en seguida la presentó á éste, quien, ó por advertencia ó por inspiracion, ó por instinto de la misma naturaleza, reconoció en la mujer á su semejante, ó mejor dicho, á una parte de sí mismo, y en palabras entrecortadas por la viveza del afecto que experimentó á la vista de su consorte, lo dió á entender, diciendo: "Esto ahora... hueso de mis huesos y carne de mi carne: esta será llamada Varona (*Virago*):" porque de varon fué tomada. Cuando ya estuvieron creados el hombre y la mujer, Dios nuestro Señor les bendijo, diciéndoles al mismo tiempo: "Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y sojuzgadla; y tened señorío sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra. Y dijo tambien Dios: Ved que os he dado toda yerba que produce simiente sobre la tierra, y á todas las aves del cielo, y á todos los que se mueven sobre la tierra, y en los que hai ánima viviente, para que tengan que comer."

2. Ved, pues, amados hijos, de qué manera refiere Moisés en el Génesis la creacion del hombre, y notad el fundamento que tuvo desde el principio para manifestar que entre ésta y las que habian precedido hai mucha diferencia. No nos dice la Santa Escritura de qué manera fueron creados los ángeles; mas siendo unos espíritus puros, que no están sujetos á la lei de la reproduccion generativa como el hombre y los animales, ni vegetativa como las plantas, hai sobrados motivos para creer que Dios nuestro Señor les creó simultáneamente y con solo mandarlo. En cuanto al mundo, habéis visto ya, que sus seres todos iban saliendo de la nada y existiendo, al ir diciendo Dios de cada uno: "Hágase" *fiat*, mientras que el hombre fué formado por el mismo Dios del barro de la tierra, y recibió del aliento divino la animacion, la vida y el alma, resultando su ser de ménos excelencia que el ángel, y de una incontestable supremacia sobre todas las otras cosas creadas. Nada pues mas natural y necesario, despues de haber hablado de los ángeles y del mundo, que llamar vuestra atencion hácia el hombre; porque esto es fijarla en vosotros mismos, en nosotros todos, en la humanidad entera. Voi pues á llenar este deber, haciendo aquí una serie de reflexiones acerca de la creacion del hombre y su estado primitivo, con el objeto de ponderar cuanto sea posible, no solamente la divinidad de nuestro origen que está en Dios, sino tambien la excelencia de nuestra naturaleza, la extension de nuestro imperio y la gloria de nuestros destinos.

I.

3. Comenzando, hijos míos, por la especialidad que Dios quiso tener al crear al hombre, mucho tenemos que admirar desde aquellas palabras *Hágamos al hombre*, con que quiso anunciar su designio ántes de ponerle por obra; y esta admiracion va creciendo mas y mas con todo lo que Dios nuestro Señor siguió manifestando y haciendo relativamente al hombre; porque, si por una parte vemos á este ser con cierta inferioridad relativamente al ángel, por otra nos arrebatava la contemplacion de su rango sublime sobre todo lo demas, el esplendor de su gloria y la extension de su dominio; y comprendemos cuánta

razon hai para suponer que el Profeta Rei pensaba en la humanidad y se inspiraba de estos sentimientos, cuando admirado de que Dios se acordase del hombre, decia: "Le habéis hecho, Señor, un poco ménos que los ángeles; mas por otra parte, le habéis llenado de honor y de gloria, y establecido como rei al frente de todas las cosas que salieron de vuestras manos. *Minuisti eum paulo minus ab Angelis, gloria et honore coronasti eum, et constituisti eum super opera manuum tuarum.* (Ps. IX.)"

4. Todo en la creacion del hombre, hijos míos, tiene cierta singularidad magestosa: cuanto Dios habia hecho mostraba la Omnipotencia en accion y daba ideas grandes; pero en el hombre hai cierta inmensidad en la grandeza: aparece lo que ántes no habia, y desde el simple anuncio de su creacion, el gran dogma, el gran misterio, la verdad sublime de la Trinidad se anuncia como para preparar la manifestacion de todo un Dios, no ya pronunciando una palabra para que existan los mundos, sino obrando por sí mismo para que exista el hombre y en él se represente su obra maestra, y exista una especie de trasunto, aunque de muy reducidas proporciones, de su naturaleza y atributos divinos: "Hágamos al hombre á nuestra imagen y semejanza".... ¡Qué pensamiento! ¡qué designio! "Todo aquí respira magestad y grandeza. Mientras que para que saliesen de la nada todos los otros seres, se contentó el Criador con pronunciar un simple *fiat*, con decir impersonalmente: *Hágase*; cuando ya se trata del hombre parece detenerse: reasume, por explicarme así, todo su poder, y deja traslucir, aunque muy implícita y misteriosamente, el dogma de su Trinidad. "Hágamos," dice. Esta pluralidad de número funda el concepto de una alusion á su Trinidad gloriosa, mientras la unidad de la accion indica bien la Unidad de su esencia: *Hágamos al hombre*. Parece que esperaba Dios el concluir todas las cosas. En la tierra estaba ya la materia, pero faltaba el espíritu: estaba la forma, pero faltaba, digámoslo así, la animacion de la inteligencia creada: estaba el espectáculo, pero faltaba el espectador; estaba el edificio, pero faltaba la familia: estaba el reino, pero faltaba el rei. Dios entonces proveyó á esta inmensa necesidad creando al hombre. *Hágamos al hombre*: como si dijese: "Demos la feliz consumacion á la grande obra: produzcamos la obra maestra. *Hágamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*: como si dijera: "El firmamento está; la tierra está; los mares y los peces están; el aire existe ya; los animales de toda especie, la vegetacion toda, cuanto pertenece al mundo material está concluido: pero todas estas cosas, aunque muy á propósito para dar testimonio de mi poder y de mi sabiduria, son incapaces de representar en la tierra la imagen y semejanza de mi Ser. No se me parece el sol, ni la luna se me asemeja, ni las estrellas todas se me pueden comparar: brillantísimos luminaires del espacio, están destituidos de sentimiento, no les pertenece la idea, son masas inertes." Era necesario, en efecto, un representante de Dios en la tierra, capaz de interponerse entre Dios y el mundo, que remitiere al cielo los tributos de la creacion y difundiese por la creacion los dones del cielo. Ciertamente que toda ella narraría la gloria de Dios; pero sin el hombre, este lenguaje no tendria oyente, sin el hombre este cuadro no tendria admirador, sin el hombre estas armonias no tendrian eco, sin el hombre el mundo todo seria un desierto lleno de seres. Fuera del hombre no queda mas que el ángel entre las creaturas inteligentes; pero el ángel no necesita de los mundos para admi-

rar á Dios: el ángel no es el habitante de la tierra, sino el morador del cielo: bájale, es verdad, á la tierra como la gracia de Dios; pero bájale para el hombre, bájale para ser el custodio de su parte mas noble, de su ser espiritual y moral; bájale para traer el socorro y llevar la plegaria; bájale, porque hai en el mundo una imágen de aquel á quien tributa sus homenajes por toda la eternidad; bájale para concurrir con la inteligencia y la voluntad humana á fomentar, proteger y perpetuar en la tierra el reinado de la virtud; de la virtud, que place al Eterno mas que todos los astros y toda la creacion; de la virtud, que le da tanta gloria; de la virtud en fin, que tiene destinada para vivir con él por los siglos de los siglos. Hé aquí por qué Dios quiso dar tanta solemnidad á la creacion del hombre: éste es la única creatura que en la tierra destinó inmediatamente para Sí: quiso que el hombre resumiera en cierto modo toda la creacion, y por esto lo crió todo para el hombre, y al hombre le crió para Sí.

5. "Sin duda alguna que toda la Trinidad Santa concurrió á la obra de la creacion; porque cada una de las tres Divinas Personas es Dios, y Dios es el Creador del cielo y de la tierra, y porque la misma creacion material denuncia la obra de la Trinidad, y aun hace sensible lo que á cada Persona se atribuye sin embargo de convenir á todas. Manifiesta el poder en el origen del ser; manifiesta la *sabiduría* en el concierto y armonía de los seres; manifiesta el amor en el beneficio de la existencia y en el objeto de la creacion. Pero no hai en ningun ser del mundo, fuera del hombre, algo que intrínsecamente lleve la imágen de Dios. Poder manifiestan los mundos; porque son efectos que no pueden concebirse existiendo sin un acto de la Omnipotencia: sabiduría representan los mundos; porque todo está maravillosamente dispuesto, todo está sabiamente concertado en todas las categorías de los seres: amor denuncia el mundo; porque no hai uno solo de todos ellos que no cuente con elementos fecundos de vida, conservacion é incremento. Pero ninguno de ellos tiene los atributos de la sabiduría, porque la materia no piensa; ninguno de ellos tiene el amor espiritual, porque ninguno de ellos tiene alma como el hombre. Ninguno de ellos pues, rigurosamente hablando, es ni puede ser imágen y semejanza de Dios.

6. "¿Y el hombre...? ¡Ah! detenéos: paráos á contemplar esta obra maestra de la mano divina: vedle exceder por la belleza de su forma á todos los cuerpos: vedle dominar por el poder de su pensamiento á todos los seres: considerado bajo el aspecto material, es tan pequeño, que se pierde como un átomo en la inmensidad de la creacion; visto empero bajo el aspecto del espíritu, es tan grande como el espacio mismo: quiere, y todas las armonías del firmamento vienen á recogerse en el fondo de su alma: pasea la vista de su inteligencia por la creacion, y al instante se queda con el inventario magnífico de todas sus riquezas. Desde el pequeño gabinete donde reside el sabio, domina por la inteligencia todos los mundos; clasifica las estrellas, pesa el sol, mide la tierra, sorprende el código de las leyes que gobiernan el mundo físico: la luz, el sonido, los fenómenos todos están escritos en el libro económico de sus memorias: conoce las familias de las plantas y las generaciones del bruto: en fin, el hombre tiene el poder, porque su alma es un principio creado de accion; tiene la *sabiduría*, porque es dueño de la palabra interior y exterior; tiene el amor, porque se une con el espíritu, se une con todo

su ser, segun el movimiento de su libertad, esto es: unas veces degradándose por la indignidad de los objetos, otras ennobleciéndose por la pureza de los motivos, la sinceridad de los afectos y la excelencia de lo que ama, otras divinizándose por la sublime abnegacion con que suele dejarlo todo, á fin de vivir siempre en Dios, y solo para Dios.

7. "Hé aquí cómo el hombre es la imágen y semejanza de Dios en la tierra, y lo es por la sublime personalidad que le da su alma, por el altísimo rango en que le coloca su pensamiento, por el glorioso poder que tiene su voluntad de dirigirse hasta Dios.

8. "Creado el hombre, recibió inmediatamente un título, pero un título grande, como él era, excelente; un título imprescriptible, porque le recibía del Dueño único de toda creatura, le recibía de Dios: el título de *Rei*. Este título preexistía ya en la mente divina, pues le anunció el Señor al pronunciar las palabras de la creacion del hombre: *Y dominó, dijo entre sí, á los peces del mar, y á las aves del cielo, y á las bestias, y á toda la tierra, &c.* Esta dominacion universal está imbuída, como acaba de verse, en la misma idea de la creacion. Pero despues, es decir, creado ya el hombre, le fué ratificada sin fin, para que la ejerciese mientras hubiese hombre en la tierra, y la ejerciese en el nombre y con la bendicion de Dios. Veamos la admirable economía con que va narrando Moisés el progreso de la accion divina en este punto.

9. "Tiene que hablar especialmente despues, de los elementos constitutivos de la especie humana; pero sin embargo, anticipa las ideas fundamentales, para que no quede trunca la mision de la humanidad. Es necesario ante todo ver los elementos de propagacion; y el Historiador sagrado, reservándose para despues decirnos cómo fué creada la mujer, se anticipa á decir de una manera general: *Credos varon y hembra*. Hé aquí pues existiendo los dos seres, cuya mezcla en el orden de la naturaleza es necesaria para la multiplicacion de la especie.

10. "Pero estos dos seres habian de multiplicarse con relacion á un designio sobrenatural, con relacion á un fin divino, conforme á leyes espirituales y morales: no ha de propagarse el hombre como se propaga el bruto, como se reproduce la planta, como la yerba germina, no; el hombre es otra cosa: cada cuerpo lleva el depósito de una sustancia salida del aliento de Dios y creada para la eternidad: cada cuerpo está organizado para servir á la inteligencia y á la voluntad del hombre. Al engendrarse cada cuerpo, repite Dios este acto de su Omnipotencia, de donde resulta el alma, es decir: coloca la noble y divina imágen de su ser en un vaso de barro. Es pues indispensable que la union de los seres se inaugure de una manera solemne, y por eso dice luego el Historiador sagrado: "Echó Dios su bendicion y dijo: *Creced y multiplicados*." Esta bendicion de Dios á nuestros primeros padres es la figura del matrimonio cristiano: esta union bendita es el primer matrimonio del mundo: esta facultad de crecer y multiplicarse despues de recibida la bendicion del cielo, es la institucion de la legitimidad, la sancion divina de que fuera del matrimonio no hai union licita entre ambos sexos, no hai propagacion permitida, no hai nobleza moral, no hai otra cosa que una indefinida serie de bastardías.

11. "Despues de benditas en Adán y Eva las futuras generaciones del mundo, dijo el Señor: *Dominad á los peces de la mar, y á las aves del cielo, y á todos los ani-*

males que se mueven en la tierra. Estas breves palabras instituyen la soberanía del hombre sobre todas las creaturas sublunares: su voz será la del mando, su acento será la contrasena de su voluntad, y ésta la vida de su poder.

12. "Mas esta soberanía del hombre no solamente es un mando, sino tambien un señorío: es no solo para regir, sino tambien para usufructuar. Los reyes de la sociedad no son por cierto los árbitros de ella; son ministros de Dios para el bien; y pesa sobre ellos con toda responsabilidad la suerte de los pueblos. No sucede lo mismo con la soberanía del hombre sobre la creación: Dios la concedió en propiedad, para que el hombre fuese dueño en cuanto lo permite su naturaleza. ¿Y de qué modo puede el hombre ser dueño de la creación? Sirviéndose de ella, pero no disponiendo de su ser: tiene el dominio útil, pero no el dominio directo. ¿Por qué así? Porque no está en las manos del hombre crear ni aniquilar; pero sí está el servirse de lo creado. Por esto Dios les dijo: *Ved que os he dado todas las yerbas..... para que os sirvan de alimento, &c.* Hai además otra razon; el hombre habia de propagarse; las generaciones suceden á las generaciones: en el mismo sentido deben propagarse las demas especies. Es pues necesario que el hombre use, pero no agote. De esta suerte todo se corresponde en el pensamiento, en el hecho y en el designio.

13. Queda pues de manifiesto cómo el hombre viene de Dios por creación, cómo despues de los ángeles, tiene el primer rango sobre todos los seres creados, cómo ha sido hecho á imágen y semejanza de Dios, instituido soberano de la tierra, rei de la creación y usufructuario del universo.¹

II.

14. Las reflexiones generales que acabo de hacer, amados hijos, acerca de la creación del hombre, abarcan en sustancia todos los puntos que me he propuesto tratar en esta instruccion; pues manifiestan cuánto se extiende el imperio que Dios concedió al hombre, y cuánto supera éste por la excelencia de su naturaleza, y aun el modo particular de su creación, á todos los seres comprendidos en el Universo físico. Mas no he quedado satisfecho con esto: hai cosas que de suyo requieren una consideración mas detenida, y piden cierta especialidad al ser explicadas. No cuento en este número el imperio material ó físico del hombre, pues le he dado bastante á conocer; pero sí, debo hacer alto en su poder intelectual y moral, consiguientes á su naturaleza, y en aquellas nobles prerogativas con que Dios quiso decorarle durante el fugitivo periodo de su inocencia. Porque habéis de saber que la naturaleza humana, esto es, lo que al hombre le constituye tal, no ha cambiado nada en la esencia: es hoy lo mismo que fué, aunque por otra parte haya resentido en su naturaleza las consecuencias del pecado; pero su estado primitivo, su estado de gracia, su primera nobleza desaparecieron con la culpa. Importa pues mucho considerar separadamente la naturaleza humana en sí misma, es decir, lo que al hombre le constituye tal, y esta misma naturaleza en su primer estado, es de-

¹ Tomado literalmente de mi *Exposicion de la Doctrina católica sobre los dogmas de la Religion*. Lib. IV, art. 11, Cap. III.

cir, en lo que fué mientras no se apartó de la voluntad divina. Veamos pues aquí lo primero.

15. Habéis visto que Dios formó de tierra el cuerpo del hombre, y luego arrojó sobre este cuerpo su aliento divino, con lo cual el hombre recibió la vida. Dos elementos pues hai en el hombre: el material representado en su cuerpo, y el espiritual representado en su alma. El cuerpo humano tiene dos puntos de vista bajo que puede considerarse, conviene á saber: como el resumen de todo el universo físico, y como el mas perfecto y admirable de todos los cuerpos. En efecto, si bien lo consideráis, hijos míos, no falta en el cuerpo del hombre ni uno solo de los géneros en que se hallan distribuidos los cuerpos del universo; pues reúne los tres reinos de la naturaleza, es decir: los simples cuerpos extensos y figurados pero inertes, que no tienen vida, como la piedra, los que tienen vida vegetativa como la planta, y los animales. El hombre se nutre con los jugos, se desarrolla, crece y decae como la planta; se propaga por la generacion como los animales; tiene líquidos como el agua; tiene una respiracion propia, un calor natural, huesos duros y sólidos como la piedra, y de esta suerte véis recopilados en el hombre todos los objetos de la naturaleza física. Mas pasando de aquí á considerar la economía del cuerpo humano, me haria interminable si pretendiese hacer con vosotros una revista de todas sus partes. Pero contemplado: notad su figura, su imponente actitud, su accion; y veréis una hermosura que no representa ninguno de los otros seres comprendidos en el universo, una nobleza que descubre luego su rango, una animacion que anuncia por todas partes al espíritu que lleva dentro de sí; es el único entre todos los cuerpos animados que con su frente domina la tierra, y cuyos ojos se extasían en el cielo: es el único que pone á disposición de su alma, como una vasta materia de pensamiento y accion, cuanto sus sentidos recorren en el campo de la naturaleza: el único capaz de apoderarse de sus fenómenos y de sus primeras producciones, para realizar una segunda naturaleza en las obras del arte: porque si bien es cierto que éstas nacen en el alma que las concibe, lo es igualmente que no serian una realidad sin el ministerio del cuerpo humano. Mas yo no quiero, hijos míos, deteneros mas en la consideracion del cuerpo, sin embargo de lo mucho que en él se admira, porque llama de preferencia mi atencion esa otra sustancia donde reside su nobleza por excelencia; donde está el porqué del rango que ocupa el hombre; donde hai un mundo infinitamente mas grande que el que habitamos; donde se ensancha indefinidamente la esfera de la creación, y no bastando para satisfacer la sed que el alma tiene de verdad y de bien, parece recogerse y en cierto modo anonadarse, para dejaria pasar á la region de lo infinito, quedándose tras ella, mientras contempla la naturaleza y las perfecciones del Ser increado, mientras dilata su mirada en las regiones augustas del misterio, y desdeñando los miserables periodos que acá llamamos siglos, se fija en los años eternos, en esa duracion sin principio ni término, en esa duracion fija que ni comienza, ni acaba, ni se sucede, en esa eternidad. El alma, hijos míos: hé aquí lo que debe arrebatar nuestro pensamiento sobre cuanto hai en el hombre.

16. ¿Qué cosa es esta alma? ¿Cuáles son sus facultades? ¿Cuál será su destino? Yo os lo diré, redaciéndome á mui sencillas indicaciones.

17. El alma es un espíritu, es decir: una sustancia simple que no tiene partes, que

no puede entrar en composición ni ser trasformada en otra sustancia, ni tampoco ser dividida y en consecuencia deteriorada. El alma es la residencia del pensamiento, es el *Yo* humano. No tiene ojos, y ve; no tiene olfato, y conoce los aromas; no tiene tacto, é influye en los cuerpos; no tiene oído, y ha elevado á una ciencia y á un arte la melodía: el alma es espiritual. Esta verdad la demuestra el hombre con su raciocinio sin salir de lo que pasa en su interior, la encuentra en su sentimiento, la registra en todas las páginas de la historia, la ve salir de los labios que transmiten á las naciones la doctrina revelada. El hombre siente dentro de sí mismo su propia personalidad, el *Yo humano*, é irresistiblemente conoce que este *Yo* es una sustancia: le busca en otra parte fuera de sí, pero inútilmente; porque no le halla: fuera de sí no encuentra mas que dos personalidades; una con quien habla y otra de quien habla. ¿Cómo se llaman para él todas las cosas que no son él? Se llaman *tu*, se llaman *él*; pero solo una se llama *yo*, y es la que anda buscando el *Yo* fuera de sí misma. Pues bien: si este sentimiento, esta idea no la encontramos en ninguna parte fuera de nosotros, el *yo* está en nosotros mismos. Pero como nosotros tenemos un cuerpo, necesitamos aun ver si encontramos nuestro *yo* en alguna parte de nuestro cuerpo. ¿Dónde estará pues? ¿En los brazos? No: porque los mancos tienen *yo*. ¿En las piernas? No: porque los cojos tienen *yo*. ¿En los oídos? No: porque los sordos tienen *yo*. ¿En los ojos? No: porque los ciegos tienen *yo*. ¿En el olfato? No: porque los que no huelen y aun han perdido la cubierta exterior de este órgano, tienen *yo*. ¿En el tacto? No: porque hallándose este sentido repartido en todo el cuerpo y desapareciendo de cada miembro cortado, y subsistiendo á pesar de la amputación el *yo*, es claro clarísimo que el tacto no es el *Yo*. Luego el alma, y no el cuerpo, es el *yo*; y pues el alma conserva la integridad de su acción, de su pensamiento y de sus facultades, á pesar de los defectos naturales y de las fracciones diversas del cuerpo, y de la nulificación ó pérdida de los sentidos, y esto sin embargo del comercio recíproco entre el alma y el cuerpo, aquella es una sustancia indivisible, sin partes, simple, espiritual. Por este estilo pudiera, hijos míos, ir formando argumentos; pues cada operación del entendimiento, cada acción de la voluntad, cualquiera de las cosas que en ella pasan, prueba que no es un cuerpo, sino un espíritu. El acto que une las ideas, supone una sustancia simple; la simultaneidad y coexistencia de las ideas, que se sienten en un solo punto sin embarazarse ni confundirse, y representan á todo el tiempo, á todo el espacio, á todo el Universo y más, claramente suponen que la sustancia donde residen es extensa sin ser limitada, es espaciosa sin ser figurada, es capaz sin ser impenetrable; digámoslo en una palabra, nada tiene de lo que constituye al cuerpo, y en consecuencia es esencialmente espiritual.

17. Pero dejando aparte los argumentos filosóficos, y sin hacer alto en el que suministran las creencias constantes de la humanidad y las doctrinas inculcadas por los primeros sabios del mundo en todos los siglos, y aun los mismos filósofos gentiles, vengamos á la prueba terminante que arroja de sí el sagrado texto que refiere la creación del hombre. Si Dios formó un cuerpo de un poco de tierra, y despues, para dar vida á este cuerpo, le inspiró su aliento. ¿No véis aquí, amados hijos, claramente manifiesta la espiritualidad de nuestra alma? Si el hombre es todo cuerpo, ¿á qué fin hacer algo mas

que crear un cuerpo? ¿Era siquiera necesario que se ocupase todo un Dios en formar este cuerpo, cuando le bastó pronunciar un *hágase* para que existiesen todos los cuerpos? ¿Qué podía representar aquel soplo misterioso con que animó el cuerpo del hombre, sino el acto de crear una alma, es decir, una sustancia semejante á Sí? Porque, hijos míos, todo tiene una razón, un motivo, y alguno había de tener Dios para arrojar este soplo sobre el cuerpo del hombre. ¿Para qué lo hizo pues? ¿Para que existiese un cuerpo? Ya estaba hecho. ¿Para que este cuerpo tuviese alguna virtualidad? ¿Cuál podría ser? ¿La de nutrirse, desarrollarse y crecer? Había ya plantas. La de andar, moverse por sí propio, en suma, tener la vida animal? Había ya brutos en la tierra, peces en la mar y aves en el cielo. Luego sopló Dios sobre aquel cuerpo, no para que fuese cuerpo, no para que vegetase, no para que tuviese vida; sino para infundirle una alma, una sustancia que no había en todo el Universo criado, y que era necesaria para crearle á su imagen y semejanza é instituirle rei sobre la creación. Este soplo del Criador es la creación del alma, y el acto de arrojarle sobre el cuerpo humano el mui solemne de infundir el alma. “No es este el origen de la especie animal, no,” dice Bossuet: “Toda ella salió de la materia; y si goza tambien de una vida, no es la vida del hombre, sino una vida bruta y bestial, á la que Dios no comunicó mas acción, que movimientos dependientes del cuerpo. El bruto, tal como es, ha salido del seno de las aguas y de la tierra; pero esta alma cuya vida debía ser una imitación de la de su Autor, esta alma que había de vivir, como él, de razón y de inteligencia, que debía estarle unida por la contemplación y el amor, y que por esta razón ha sido hecha á su imagen, no podía ser en manera alguna sacada de la materia. Haciéndola de la materia, pudo formar Dios un bello cuerpo; mas por mucho que se esmerase en esta obra, era imposible que en ella encontrase nunca su imagen y semejanza. El alma hecha á su imagen, el alma que puede ser feliz poseyéndole, debía por tanto ser el objeto de una nueva creación, debía venir de lo alto, debía ser un espíritu; y hé aquí lo que significa ese *soplo de vida*, que Dios saca de sus labios, para criarla.”¹

18. Excusado me parece, hijos míos, principalmente despues de lo mucho que os he dicho acerca de la naturaleza humana en todas mis instrucciones precedentes, hablaros aquí con toda especialidad acerca de cada una de las facultades y potencias de nuestra alma. Ya sabéis que hai en ésta un entendimiento para conocer, y cuyo objeto es la verdad; una voluntad para querer ó no querer, y cuyo objeto es el bien; y una libertad para elegir, lo cual hace que la voluntad unas veces abraza un mal verdadero aunque bajo las apariencias de bien, otras deseeche el verdadero bien, y otras en efecto le abraza. ¿Para qué hablar del entendimiento? Si fuera necesario, hijos míos, demostraros que tenéis esta facultad, excusado sería el dirigiros la palabra, y no sabría qué decir de ese comercio activo y constante de pensamiento que mantenéis los unos con los otros, poniendo todos en circulación vuestras ideas por medio de la palabra. Si yo os hablo, estoy convencido de que vuestra inteligencia es un hecho cierto para vosotros y para mí: si vosotros me oís, con esto solo hacéis una manifestación de vuestra inteligencia; si habláis los unos con los otros, es porque os entendéis. Lo mismo respectivamente di-

¹ Prueba extractada del Discurso sobre la historia universal. 2.^a parte cap. 1.^o

go de vuestra voluntad. Estas dos palabras *quero, no quero* son el resúmen de toda la vida de la humanidad: la existencia de la accion que ellas representan, está en el sentimiento de cada uno, en la experiencia de todos y en la voz del género humano. Negar la Inteligencia, donde residen los conocimientos, es lo mismo que hacerlo volver todo á la nada; negar la voluntad es declarar que no hai nada cierto; negar la libertad es destruir en su esencia todo el mundo moral. En lugar pues de ocuparme aquí en demostraciones excusadas, voi á concluir este punto diciéndoos una palabra sobre la inmortalidad del alma, que es una consecuencia precisa de su naturaleza espiritual.

19. Una creatura tan excelente debía tener sin duda, hijos míos, un destino mas elevado, condiciones mas nobles, que todos los seres del Universo físico. ¿Qué importa en el cálculo del pensamiento la composicion y divisibilidad de los cuerpos? La capacidad para ser alterados y destruidos. Por esto, hijos míos, el Profeta Rei, levantando hasta allá su pensamiento, no se retrae, con todo y la magnificencia y sublimidad de la creacion, de profetizar la destruccion de todas las cosas del cielo y de la tierra en presencia del Ser inmutable y Eterno: “En el principio, Señor, fundaste la tierra: y los cielos son obra de tus manos. Ellos empero han de perecer; mientras tú permaneceras siempre. Todas las cosas han de envejecerse como un vestido, y como una simple cubierta las mudarás y serán mudadas: tú empero, Dios mio, siempre eres el mismo, y tus años no acaban jamás.” *Initio tu Domine, terram fundasti; et opera manuum tuarum sunt cali. Ipsi peribunt; tu autem permanebis. El omnia sicut vestimenta veterascent, et sicut opertorium mutavis eas, et mutabuntur. Tu autem idem ipse es, et anni tui non deficient.* (Ps. CL) Si, amados hijos: todo lleva en sí mismo señalado con caractéres indelebles el designio de su Autor, y con solo ver que los cuerpos son divisibles, compuestos, combinables, trasformables, corruptibles, &c., &c., se manifiesta que por su naturaleza son perecederos: *ipsi peribunt*. Mas una sustancia espiritual, simple, incombinable, indivisible, incorruptible, &c. &c., manifiesta en sí misma y en el pensamiento de su creacion la inmortalidad: en sí misma, porque nada tiene que haga naturalmente posible la muerte; y en el designio de su creacion, porque si Dios la hizo imperecedera, es porque tuvo el ánimo de no destruirla. ¡El alma es inmortal! Y acaso aquí resplandece mas que en todo su semejanza con el Creador.

20. Todo, en la razon, en los siglos, en el mundo, se pone de parte de esta sublime verdad. La ha encontrado el hombre, aun sin contar con los recursos de la revelacion, comprobada por su naturaleza, exigida por sus facultades, puesta de manifiesto en sus mas constantes propensiones, convencida por su conciencia, columbrada con su prevision, y aun escrita con misteriosos caractéres en la misma loza de los sepulcros. Su alma, incapaz de division, le dice que no puede naturalmente perecer: su entendimiento, sediento de una verdad que aquí no se le manifiesta toda, se siente invitado para otro mundo en que la verdad no tiene sombras: su voluntad, anhelante de una dicha que sin cesar la conmueve y de continuo se le escapa, siente que no es aquí la patria de un bien cumplido; y conociendo que puede gozar este bien, siente dilatarse su vida mas allá de lo que señalan con su número los años y los siglos. La conciencia, ya regalada con la paz inefable de la virtud, ya atormentada con los remordimientos que siguen al crimen,

proclama con estos dos sentimientos tan diversos una vida futura toda de recompensa ó de castigo. El hombre todo siente concurrir en lo mas profundo de su alma dos sentimientos diversos al parecer, pero que allí quedan confundidos: ese deseo de felicidad que siempre le ocupa, que adonde quiera le sigue y nunca le abandona, y esa adhesion constante á lo que no tiene límite ni término, y cuyo objeto manifiesto y al mismo tiempo misterioso, debiendo existir pues ocupa el corazon, y no encontrándose jamás en la tierra, parece gritarnos á todos, dándonos una cita inmensa desde la region de lo infinito, campo de Dios y asiento de la felicidad. Todos morimos: hé aquí el anatema con que Dios hirió á la naturaleza envilecida por la culpa; mas no todo muere en nosotros. ¿Queréis una prueba de sentimiento y de misterio? ¡una prueba de esas que suelen hablar mas alto que el mismo raciocinio! Contemplad á la humanidad viviente puesta de pié ante el sepulcro de las generaciones que han desaparecido. Deténece allí con el reconocimiento de la meditacion mas profunda, y el respeto mas angusto. ¿Cómo explicar éste misterio? Con el sentimiento de la inmortalidad, colocado de lleno en el corazon, que ha unido á todos los pueblos en la profesion de una misma verdad, y convertido en recuerdos de muerte y monumentos de un Ser que nunca acaba los sepulcros de los hombres. De esta suerte la inmortalidad del alma escrita con caractéres indelebles en la naturaleza física, en la mente, en el corazon, creida de todos los pueblos, enseñada por todos los filósofos y mostrada en toda su majestad por la revelacion divina, es la verdad que sirve de complemento magnífico al estudio de la humanidad, considerada en sus principios constitutivos, en su procedencia y en su término. Acabará el cuerpo para que sobreviva el alma; hasta aquí llega la filosofia: este cuerpo reaparecerá, saliendo del sepulcro el último dia de los tiempos: aquí está el dogma.

21. Véis pues cuál es la naturaleza del hombre, la perfeccion de su cuerpo, la espiritualidad é inmortalidad de su alma: solo resta, para concluir este punto, considerar las relaciones que hai entre Dios y la humanidad.

22. Estas relaciones son: primera, la de Creador y creatura; segunda, la de Legislador y súbdito; tercera, la de último fin de la naturaleza humana. Sobre las tres os hablé ya en mi sétima instruccion, deduciendo como consecuencias: de la primera, el dominio esencial, supremo, absoluto, universal, eterno é irresistible que Dios tiene sobre nosotros; de la segunda, nuestra estrecha obligacion de observar en todo y por todo su santa Lei; y de la tercera, la necesidad imprescindible que tenemos de amarle sobre todas las cosas, de dar de mano á cuanto pueda ser obstáculo para su servicio, y de dirigirnos constantemente á él como al Bien Sumo. Esta triple relacion entre Dios y la humanidad es el alma de toda la doctrina: la de Creador y creatura instituye la religion; la de Legislador y súbdito, constituye la moral; la de último fin caracteriza la felicidad verdadera, sostiene la esperanza y atrae el amor. Todo está, vuelto á decirlo, en esta triple relacion.

23. Hemos visto el cuándo, el cómo y el para qué de toda la humanidad: su origen divino en el tiempo, su maravillosa creacion y excelente naturaleza, y por último, sus destinos inmortales y eternos. Réstanos ver á esta humanidad en accion y en su bello

dia, considerar su estado primitivo como un punto de partida para la historia y la ciencia del hombre; pero tal es el objeto de la tercera parte.

III.

24. Para conocer, amados hijos, toda la perfeccion y felicidad del estado primitivo del hombre, bastaria solo atender á las palabras con que se nos manifiesta su creacion. "Crió Dios al hombre, dice el sagrado texto, á su imagen y semejanza." El hombre pues aparece aquí; primero como una obra de Dios; segundo, como una imagen suya; tercero, como su semejanza. De lo primero se colige que el hombre, en calidad de creatura, fué una obra perfecta, pues nada imperfecto podia venir de la fuente de toda perfeccion, y en consecuencia, por su misma constitucion tuvo el hombre cuanto era necesario para cumplir su destino sobre la tierra sin dificultad absolutamente ninguna, y sí con esa facilidad y expedicion que admiramos en todas las obras de la naturaleza. De lo segundo se colige que el hombre, animado por el espíritu que Dios infundió á su cuerpo ya que le hubo formado, tenia, si bien como efecto, como creatura y con la limitacion consiguiente, aquellos atributos que hai en Dios; en consecuencia tuvo sabiduria, inteligencia, poder, bondad, &c., &c., y todo recto. De lo tercero se infiere que estaba dotado asimismo de la santidad; porque si bien es cierto que con el espíritu y sus facultades bastaba para que el hombre fuese una imagen de Dios, lo es asimismo que, para ser semejante á él, necesitaba tambien de la santidad. Nada en efecto asemeja mas al hombre con Dios que este sublime estado, esta divina virtud: la santidad es toda sabiduria, es toda discernimiento, es toda fe, esperanza y amor: la santidad todo lo ordena con la prudencia, todo lo acata y conserva en la justicia, triunfa de sus enemigos con la fortaleza y concierta la vida moral con lo vida fisica en la templanza: la santidad es la mas perfecta armonia entre las facultades fisicas, intelectuales y morales del hombre, y por lo mismo la mejor prueba de su semejanza con Dios.

25. Con solo esto bastaria para suponer un principio de decadencia, no en Dios cuyas obras todas son buenas, sino en el hombre, cuya libertad es susceptible de abusos, y explicar con tal principio todas las vicisitudes del hombre y el estado actual de la humanidad, y reconocer que el hombre no fué siempre lo que es hoy, y que aquella palabra de Job, magnífico resumen de la decadencia de la humanidad: "el hombre nacido de la mujer, vive poco tiempo y está henchido siempre de miserias," designa una degeneracion, una completa perversidad; un extravío, y en consecuencia presupone un estado perfecto, santo y feliz. Mas no nos limitemos á esto: véamos con documentos sacados de la Escritura Santa cuál haya sido el estado y condicion de la humanidad ántes que hubiese quebrantado la Lei del Señor.

26. El Eclesiastés, hijos míos, que profundizó tanto en la historia de la decadencia moral del hombre, hasta resumirla toda en la palabra *vanidad*: aquel espíritu lleno de la luz de los cielos y divinamente inspirado, despues de todas sus investigaciones, y no sabiendo qué decir á la vista de todos los extravíos de la razon, de todos los desastres del género humano, pronuncia esta palabra del mas profundo sentido: "Solamente hallé es-

"to, que Dios hizo al hombre recto." Estad, hijos míos, esta palabra; buscad si queréis su sentido propio con las luces que nos ministra la misma razon natural; y muy pronto quedaréis convencidos de que ella expresa el primitivo estado del hombre, y que este primitivo estado fué todo de luz, de fortaleza, de amor, de santidad en suma.

27. Cuando hoy dia queremos caracterizar al hombre puro sobre la tierra, bien ilustrado acerca de sus deberes, siempre fijo en cumplirlos, que nada se permite capaz de desagradar á Dios ni causar el menor disgusto á su prójimo; al hombre del buen consejo y del bien obrar; ¿qué decimos de él, hijos míos? "Este es un hombre *recto*," es decir: regido, morigerado, justo, santo. ¿Sabéis lo que es la rectitud? En nuestras facultades es el buen uso, en nuestros juicios es la verdad, en nuestros deseos el bien propiamente dicho, en nuestras obras la justicia, en nuestros caminos la luz, el movimiento constante y regular hácia Dios. Ved pues aquí cómo el hombre, este ser que hoy dia es presa de las tinieblas, de la ignorancia, de las preocupaciones y errores, de inclinaciones torcidas y pasiones vehementes, no fué así, aun visto por el aspecto de su naturaleza, cuando salió de las manos de su Divino Autor. En aquel tiempo, hijos míos, la rectitud expresaba la forma, la accion, la virtud, el poder y la vida de aquella naturaleza privilegiada; una luz tan clara en el entendimiento, que para conocer y saber la verdad, no habia menester de pasar por las fatigas muchas veces infructuosas de la investigacion; una voluntad adicta de tal suerte al bien por excelencia, que le buscaba, y anhelaba, y poscia sin la menor dificultad; un predominio tan perfecto sobre la parte inferior ó baja, que no sentia, digámoslo así, la funesta insurreccion que el apetito levantó mas tarde dentro de ella misma para derrocar el trono de la virtud. Por esto el Profeta Rei, consideraba la justicia como un efecto preciso de la rectitud, y cifraba en la rectitud el principio y el fundamento de la gloria: "Alegraos justos en el Señor, decia en uno de sus salmos (XXII, 1^a), gloriaos todos los que tenéis la dicha de portar un corazon recto." *Letamini in Domino et exultate justi, et gloriamini omnes recti corde.* Y ¿por qué hablaba con tal entusiasmo y tanta seguridad el Profeta? Porque la rectitud es el fundamento de la eterna felicidad, siendo claro y de fe, como se explicaba él mismo en otra parte, que el Señor salva á los rectos de corazon: *Qui salvos faciet rectos corde.*

28. Tan privilegiado, hijos míos, fué aquel primitivo estado de nuestra naturaleza, que su memoria quedó para la humanidad entera como el verdadero tipo de toda su perfeccion: nada nuevo se la pide, cuando se trata de su reforma, sino asemejarse á su primer estado, y por lo mismo, cuando se habla de esos golpes felices de la gracia que transforman al hombre, se dice que éste *se convierte*, es decir: que vuelve á sus primeros caminos, que recobra sus antiguos tesoros, que vuelve á su primer estado. "Renováos, decia el apóstol San Pablo á los Efesios, (IV, 23 y 24) renováos pues ahora en el "espíritu de vuestra mente, y revestíos del hombre nuevo, que ha sido creado conforme á Dios en justicia y santidad verdadera." ¿Qué quiere decir la palabra *renovar*? Hacer de nuevo, poner las cosas en el estado que tenian cuando eran nuevas. Luego la humanidad en su principio fué muy diversa de lo que hoy es: luego tuvo un estado primitivo. ¿Cómo era este estado? Ya lo habéis oído: era de justicia y de santidad ver-

dadera, era de gracia, era de felicidad: luego el hombre en su primer estado era justo, santo, feliz.

29. Mas no quiso contentarse Dios con que su creatura predilecta gozase únicamente de las ventajas de la naturaleza en su primitivo estado de perfeccion: un entendimiento mas claro, una voluntad bien concertada con la razon, un cuerpo subordinado al espíritu; sino que quiso hacerle sentir su munificencia infinita prodigándole, fuera de las cualidades de la naturaleza, dones muy preciosos de la gracia, coronando de frutos el árbol, digámoslo así, antes que erectese y madurase, y haciéndoselos probar antes que les viese aparecer. Sin duda alguna que tenia facultades el hombre para adquirir ciencia y sabiduría; mas Dios nuestro Señor no quiso esperar los trabajos de la naturaleza, sino que se adelantó á infundir en su creatura la ciencia y la sabiduría, para que fuese rica, por explicarme de esta suerte, antes que comenzase á trabajar. Oid lo que leemos á este propósito en el capítulo XVI del Eclesiástico, porque nada es tan sublime como este cuadro: "Crió en ellos, es decir, Dios nuestro Señor en nuestros primeros padres, " la ciencia del espíritu: llenó de sentido su corazón, y les mostró los males y los bienes: puso su ojo sobre los corazones de ellos, para mostrarles las grandezas de sus " obras, para que alaben el nombre de santificación, y le glorifiquen en sus maravillas, " y publiquen las grandezas de sus obras. Añadióles la disciplina, y dióles en herencia " la lei de vida. Hizo con ellos eterno pacto, y les mostró su justicia y sus juicios; y " con su propios ojos vieron ellos las grandezas de su gloria, y las orejas de ellos oyeron la magestad de su voz." ¡Qué os diré yo, hermanos carísimos, para ponderar debidamente la magnificencia suma de Dios para con el hombre, cuando ha trazado un cuadro tan perfecto el sublime pincel del Eclesiástico! Poned atentamente la consideracion en cualquiera de sus palabras, y estoi seguro de que quedaréis arrobados, rendidos ante la imponente magestad de su pensamiento. ¡Cómo explicar, cómo dar á entender este crear de la ciencia, este henchir el corazón de sentido, este ojo de Dios en los corazones de los hombres, con que se expresa, no su mirada irresistible, sino el mirar del hombre desde su corazón con el ojo de la Divinidad? ¡Ah! Todo es grave, solemne, inmenso, misterioso. El hombre tuvo pues en su mente una ciencia infusa, es decir: no adquirida, no debida al estudio, sino recibida inmediatamente de Dios; y Adán con solo esta luz infundida tuvo mas inteligencia, mas talento, mas ciencia, mayor sabiduría que todos los ingenios, todos los filósofos y todos los sabios de la tierra: "tuvo el hombre su " corazón lleno de sentido," es decir: tuvo la verdad trasformada en lei, la ciencia convertida en virtud, la virtud representando la unidad, la economía y el bien en todo sentido. Esto quiere decir, amados hijos, que todas las facultades del hombre se hallaban en un concierto maravilloso: el cuerpo sometido al espíritu, y en éste la voluntad y el entendimiento unidos con tal estrechez en su accion, como la verdad en sí misma con el bien. No nacian aún estos soberbios enemigos conjurados hoy contra nuestra felicidad: las inclinaciones que extravían, las pasiones que ciegan, los vicios que degradan y prostituyen: el rubor era desconocido; porque el pecado no habia contaminado aún el corazón, y de esta suerte todo era lucido, todo recto, todo santo, todo feliz.

30. El cuerpo mismo, amados hijos, aunque de naturaleza corruptible y perecedera,

ganó en aquel impulso de la Bondad divina, un privilegio exclusivo sobre todos los seres de su especie. ¡Qué privilegio es éste? ¡El uso libre y fácil de todos sus miembros? ¡el concierto y expedicion de todos sus movimientos? No, hijos míos; sino su conservacion en salud perfecta, su inmunidad completa del dolor, su inalterabilidad en medio de la sucesion de los años, el no estar sujeto, por último, á la lei de la muerte. No es esta una conjetura que yo hago, la cual no fuera violenta: cuando vemos cuerpos tan viejos como el mundo, y tan flamantes y bellos como en su primer día, natural era suponer que el mas perfecto de todos los cuerpos no seria el ménos privilegiado. No, esta doctrina me la enseña nada ménos que la Eterna Sabiduría: oid lo que leemos en su Libro: (Sap. II, 23 y 24) *Dios creó al hombre inexterminal, y lo hizo á la imágen de su semejanza. Mas por la envidia del Diablo entró la muerte en el mundo.* Esto mismo repite despues el apóstol San Pablo en el capítulo V, vers. 42 de su Epístola á los Romanos: *Por el pecado vino la muerte:* tal es tambien la doctrina de la Iglesia. No citaré aquí todo lo que hallamos en sus decisiones, ni me detendré tampoco á corroborar esta doctrina con la autoridad de los Santos Padres; pues basta para mi propósito referiros el Cánón primero de la seccion quinta del Santo Concilio de Trento. "Si alguno, son sus palabras, si alguno no confiesa que Adán, el primer hombre, cuando quebrantó el precepto de Dios en el Paraiso, perdió inmediatamente la santidad y justicia en que fué constituido, é incurrió por la culpa de su prevaricacion en la ira é indignacion de Dios, y consiguientemente en la muerte con que Dios le habia antes amenazado, y con la muerte en el cautiverio bajó el poder del mismo que despues tuvo el imperio de la muerte, es á saber, del demonio; y no confiesa que todo Adán pasó por " el pecado de su prevaricacion á peor estado en el cuerpo y en el alma, sea excomulgado."

31. He concluido, hijos míos: habéis visto el origen del hombre, de toda la humanidad: la excelencia de su naturaleza, la supremacía de su rango, la extension de su imperio, la perfeccion natural y sobrenatural de su primer estado. Habéis visto establecidos los primeros principios de todas las instituciones humanas; el culto, la moral; la formacion, constitucion y objeto de la sociedad; el destino del hombre para ella; la consagracion del matrimonio en aquella bendicion divina que santificó la union conyugal de nuestros primeros padres; el origen divino, integridad completa, perfeccion debida de la humanidad; concierto de la naturaleza y la gracia; carácter, objeto y extension de la ciencia; nacimiento de la virtud y adquisicion de la sabiduría. En fin, habéis visto la obra de Dios. ¡Ojalá no tuviérais que ver otra! Mas por desgracia nos queda todavía un tristísimo objeto de meditacion y de estudio: hai que contemplar la historia de la ignorancia, del error, de las pasiones, de los vicios, de los crímenes, de todas las calamidades y miserias; buscar en el primer extravío del hombre la funesta causa del mal, y prepararnos con este doble conocimiento á estimar, cuanto es dado á nuestra débil inteligencia, el carácter de esta restauracion que Jesucristo, Dios y hombre verdadero, produjo en la humanidad con su vida, con su doctrina y con su sacrificio. Mas estos puntos deben ser objeto de las siguientes instrucciones.